

BELLO SEXO.

De la misma manera que las flores son mas ó menos bellas y despiden mas ó menos fragancia, segun es el cultivo que reciben, asi vosotras, bellas niñas, que sois como las flores de este suelo, seréis mas ó menos interesantes y queridas, segun la educacion que recibiereis, segun abrais ó no vuestro corazon á las virtudes.

Si existiesen realmente esas magas de que os hablaron en tantos y tan variados cuentos cuando érais mas pequeñitas, y teniendo poder para trasformaros en lo que quisiérais, se os presentase una que os diera á escoger entre ser hermosos lirios ó áridas zarzas, doradas mariposas ó sucios gusanos, ¿cuál de vosotras no preferiria ser lo primero? ¡Es tan dulce ser buena y querida! ¡Es tan triste ser mala y despreciada! Pues bien, en vuestras manos está ser mucho mas hermosas que los lirios, y embellecer vuestro corazon sensible; y una niña virtuosa, un corazon sencillo é inocente, mas bellos son, no solamente que el lino con su vestido blanco y que las mariposas con sus alas de oro, si no que las estrellas del cielo, que el arco-iris de las nubes y que el mismo sol que presta luz á los astros y al iris colores. Por eso Dios ama á la niña virtuosa mas que al sol, á las estrellas y á los arco-iris, que no tienen, como ella, una alma para conocerle y un corazon para amarle; y los ángeles la estiman y protejen como á una hermana, y sus padres y todos cuantos la rodean y conocen la quieren tambien mas que á los lirios y á las mariposas, cuya belleza solo dura un dia.

Haced, pues ¡oh niñas! por ser buenas, y procurad embellecer vuestro corazon y vuestro entendimiento: haced por manera que logreis grangearos el amor de Dios, el cariño de sus ángeles y el aprecio de vuestros semejantes.

¿No habeis oido alguna vez dentro de vosotras como una voz interior, la voz de vuestro custodio que os aplaude, por decirlo asi, cuando haceis una buena accion y que os da á entender que la niña mas dichosa es aquella que es mas amada? Pues si deseais serlo, como no dudo que lo querreis, grabad hondamente en vuestra memoria y seguid con docilidad los consejos que vais á leer. Ellos son los que dió una madre á sus hijas, y fácilmente conoceréis que una madre que amaba á sus hijas solo debia aconsejarles y proscribirlas lo que podian practicar: ellos son los que por medio de la naturaleza ó de sus santos grabó Dios en todos los corazones, y Dios, que es la suma bondad y el mejor amigo de los niños, tan solo puede querer lo que hace la felicidad de sus criaturas.

La belleza del rostro se pierde tal vez con los años, cual se desvanecen los colores de un vestido, ó como se empaña la brillantez de una joya, al paso que la hermosura del alma va siempre en aumento: aquella es un don del cielo, la otra puede adquirirse con la aplicacion y la obediencia; ¿cuál de vosotras pues no querrá tenerla?

Venid pues á mí, bellas jóvenes, y yo os la daré. Venid á mí, y sin ser maga, sin mas auxilio que mi amor y un poco de docilidad por vuestra parte, transformaré vuestro corazon, y haré que sea mas hermoso que cuanto hay de mas bello en el cielo y en la tierra. Venid á escuchar mis lecciones, y asi como el rocío da jorania y brillantez á las yerbas, sobre las cuales derrama sus perlas, ellas darán vigor á vuestra alma, y le comunicarán esa hermosura encantadora y permanente que tan solo puede compararse con la de los serafines.—J. Rubio.

EL MENDIGO.

En la puerta de la catedral de San Juan de León de Francia, veíase hace tiempo un mendigo que constantemente, hacia veinticinco años, iba á sentarse todos los días en el mismo sitio. Tan acostumbrados estaban los fieles á verle allí, que les parecía en cierto modo como que formaba parte del ornato de la fachada de la santa basílica, como las estatuas de piedra encajadas en los nichos de la gótica portada. Juan Luis era su nombre. Traslucíase en sus harapos un reflejo de dignidad que revelaba una educación superior á la que generalmente acompaña á la miseria: así era que, en medio de aquella clientela abandonada, por las poblaciones, que cada iglesia acoge bajo sus alas maternales, gozaba el pobre viejo de cierta consideración, consolidada además por su equidad en la repartición de las limosnas, única beneficencia del pobre con respecto al pobre, y por su celo en sosegar las contiendas que se suscitaban á veces entre sus compañeros de miseria. Su vida y sus desgracias eran un misterio para todo el mundo: solamente se sabía que Juan Luis era católico.

En el momento de las ceremonias religiosas, cuando la oración se alzaba ferviente hacía el cielo con el perfume de las flores y el incienso de los jóvenes levitas; cuando los pintados cánticos resonaban bajo la ancha bóveda de la gótica nave; cuando la voz grave y melódica del órgano sostenía el solemne coro de los fieles, el viejo mendigo se sentía impulsado á confundir su oración con la de la Iglesia. El indescible encanto que ofrecía el austro y sombrío aspecto de la antigua catedral; el fantástico reflejo del sol al traspasar de los pintados vidrios; la sombra de los pilares, alzados hacia siglos como un símbolo de la eternidad de la religión; el altar elevado sobre numerosas gradas, y que le aparecía en la profundidad de la nave resplandeciente con la luz de los cirios y el esmalte de las flores; todo inspiraba al viejo mendigo una inefable admiración: copiosas lágrimas surcaban las hondas arrugas de su rostro. Una gran desgracia ó un profundo remordimiento parecía agitar su alma. En los tiempos de la primitiva Iglesia todos le hubieran tomado por un criminal condenado á desterrarse de la asamblea de los fieles, y á pasar, silenciosa sombra, por medio de los vivos.

Un anciano sacerdote iba todas las mañanas á San Juan á decir misa: daba bastantes limosnas, y entre los pobres instalados á la puerta de la antigua catedral, Juan Luis había llegado á ser para él objeto de una especie de afectuosa predilección.

Un día no acudió Juan Luis á su acostumbrado sitio: el cura Sorel, deseoso de no privarle de su limosna diaria, busca la casa del mendigo, y ¡cuál es su sorpresa al hallar, en vez de un miserable zaguatán, una habitación suntuosa, y en un rincón, en medio de todos aquellos objetos de lujo, inventados por el rico feliz, un montoncillo de paja en que yacía tendido el pobre viejo. . .

La presencia del sacerdote reanimó al anciano, quien, con voz llena de gratitud, exclamó:—¿Cómo os dignáis, señor cura, acordaros de un desgraciado!

—Amigo mío, respondió el cura Sorel; un sacerdote no olvida mas que á los dichosos de la tierra. Venía á saber si necesitábais algún socorro.

—Ya no necesito nada, respondió el mendigo: mi muerte se acerca. . . ¡solo mi conciencia no está tranquila!

—Vuestra conciencia! ¿Teneis acaso alguna culpa que expiar?

—Un crimen, un enorme crimen, del que toda mi vida ha sido una cruel é inútil expiación: ¡un crimen imperdonable!

—Un crimen imperdonable! no los hay, exclamó el sacerdote con entusiasmo. Dudar de la misericordia divina, sería una blasfemia mas horrible que vuestro crimen mismo. La religión tiende sus brazos al arrepentimiento. Hermano mío: poned vuestra confianza en Dios; y si habéis pecado mucho, mucho os será perdonado, porque el pecador que se arrepiente, tiene mas derecho todavía á la misericordia divina, que el hombre que nunca ha pecado.

—Pues bien! dijo el mendigo despues de algunos esfuerzos; vais á oír una historia horrible; pero no es á un sacerdote á quien quiero confiársela, sino á un hombre que me tiende una mano amiga en este momento fatal, porque es menester que sepais que soy indigno de los sacramentos y de las oraciones de la Iglesia. ¡Oh! sin embargo. . . añadió, y un rayo de esperanza brilló sobre su pálido semblante: sin embargo, cuando me háyais oído como hombre, si creéis poder bendecirme como sacerdote. . . os obedeceré. . . y me ayudareis á morir.

—Soy hijo de un pobre viñador de Borgoña, honrado con el aprecio del señor de nuestro pueblo, con lo cual, desde mi niñez, me recogieron en el palacio del señor conde y me destinaron para ayuda de cámara de su hijo. La educación que me dieron, mis rápidos progresos en el estudio, y sobre todo, la bondad de mis amos, me elevaron á la clase de secretario. Acababa yo de cumplir veinte años, cuando estalló la revolución. Seducida por las ideas del día, no tardé mi ambición en despreciar la situación precaria y dependiente en que me hallaba. Desde París, el furor de los revolucionarios cundió en breve á las provincias: el señor conde, temiendo ser preso en su palacio, despidió á sus criados, y fue con su familia á refugiarse en León, esperando, en medio de aquella gran población, escapar por el olvido al cadalso. Considerado como un hijo de la casa, yo le seguí. Reinaba entonces el terror en todo su auge, y nadie sabía el secreto del retiro de mis amos. La confiscación había devorado sus bienes; pero poco se les importaba: todos estaban reunidos, tranquilos, y nadie los conocía: animados de una fe viva en la divina Providencia, esperaban un porvenir mejor. ¡Vana esperanza! La única persona que podía revelar su secreto y arrancarlos de su asilo, tuvo la villanía de denunciarlos. Este delator, soy yo.

—El padre, la madre, dos hijas, ángeles de hermosura y de inocencia, y un niño de diez años, fueron sepultados juntos en un calabozo. El mas frívolo pretexto bastaba entonces para enviar al inocente á la muerte: sin embargo, el acusador público no acertaba á hallar un motivo para perseguir á aquella noble y hermosa familia. . . pero hubo un hombre iniciado en los mas íntimos secretos del hogar doméstico, que envenenó las mas sencillas circunstancias de su vida, é inventó el crimen de conspiración contra la república. Este calumniador, soy yo!

—Pronuncióse la fatal sentencia: solo el niño fue perdonado. ¡Pobre huérfano, destinado á llorar á toda su familia y á maldecir á su asesino, si llegaba algun día á conocerle!

—Resignada, y consolándose con sus virtudes, aquella desventurada familia aguardaba la muerte en la cárcel. Ocurrió casualmente un olvido en la órden de las ejecuciones, y si un hombre, impaciente de enriquecerse con algunos despojos, no se hubiese presentado á perseguirlos, se libertaban del cadalso, pues pasaba esto la víspera del 9 termidor. Pero aquel hombre acudió al tribunal revolucionario é hizo rectificar el error: la recompensa de su celo fué un certificado de civismo. Este revelador, soy yo!

"Aquella misma tarde, el carro (*) fatal llevó á la muerte á aquella noble familia. El padre, cargada la frente de un profundo dolor, ocultaba en sus brazos la mas jóven de sus hijas; la madre, muger firme y cristiana, estrechaba sobre su pecho á su hija mayor; y todos, confundiendo sus recuerdos, sus lágrimas, sus esperanzas, repetían las oraciones de los difuntos. Como era tarde, el verdugo, cansado de su trabajo, habia confiado á uno de sus ayudantes aquella terrible ejecucion; poco acostumbrado á la horrible faena, imploró el asistente el ayuda de un transeunte: un hombre de buena voluntad se pres-
tó á ayudarle en su horrible ministerio... Este transeunte que se hizo ver-
tugo, soy yo!

"Y el premio de tantos crimenes ahí le teneis! Todas esas riquezas pertenecieron á mis antiguos amos, y todavia me parecen cubiertas de su sangre por espacio de veinticinco años he estado aquí encerrado con ellas, para que los crueles remordimientos, que á cada instante reaviva su vista en mi alma, diesen principio á mi expiación. Entre los hombres he querido pasar por un miserable mendigo, y cubierto de andrajos sufrir, una despues de otra, todas las humillaciones de la pobreza. La caridad pública me dotó con un puesto á la puerta de la iglesia donde he pasado tantos años; pero el recuerdo de mi crimen era tan puzante, que desesperando de la bondad divina, jamas osé implorar los consuelos de la religion ni manchar el santuario con mi presen-
cia. ¡Oh! ¡cuán largo y profundo ha sido mi arrepentimiento! pero también, ¡cuán impotente! Señor cura, ¿creéis que puedo esperar mi perdón de Dios?

—Hijo mio, vuestro crimen es espantoso, sus circunstancias sobre todo son atroces; los huérfanos privados de sus padres por la revolucion, comprenden mejor que nadie los padecimientos de vuestras victimas. Una vida entera pasada en las lágrimas no es demasiado para expiar tanta maldad; pero los tesoros de la misericordia divina son inmensos. Merced á vuestro arrepentimiento, tened confianza en la inagotable bondad de Dios.

Como animado de una vida nueva, levantóse entonces el anciano mendigo, y dirigiéndose hácia un cuadro:—Ved, padre mio, la imagen de mis victimas, dijo descorriendo el crespon que le cubria. ¿Creéis que no impedirán que lleguen mis oraciones hasta Dios?

A aquel espectáculo, el cura Sorel de Valriant deja escapar estas palabras:—Mi padre! mi madre!

El recuerdo de aquella horrible catástrofe, la presencia del asesino, la vista de aquellos objetos que habian pertenecido á sus padres, desgarran el alma del sacerdote, el cual cediendo á un desmayo involuntario, se deja caer sobre una silla. La cabeza apoyada en sus manos, derrama copiosas lágrimas: una profunda herida acababa de abrirse en su corazón.

El anciano mendigo aterrado, sin atreverse á alzar los ojos al hijo de sus amos, al juez terrible é irritado que le debía su cólera mas bien que el perdón, besaba y regaba con su llanto los pies del sacerdote, repitiendo con voz des-
perada: ¡Amo mio! ¡Año mio!

El eclesiástico pugnaba, sin mirarle, por comprimir su dolor.

Y el mendigo esclamaba.—Sí, soy un asesino, un monstro, un infame... Señor cura, disponed de mi vida; que he de hacer para vengaros!

—¡Vengarme! responde el sacerdote volviendo en sí al oír esta palabra ¡vengarme, desgraciado!

—No decia yo bien que mi crimen era impenonable? Bien sabia yo que la religion misma me rechazaria con horror: el arrepentimiento no es nada pa-

(*) En Francia los reos de muerte van al suplicio en un carro ó carreta, á que llaman *tomberaux*.

ra un criminal de mi especie. ¿No hay perdón para mí, no es verdad? ¿No hay perdón para mí?

Estas últimas palabras, pronunciadas con voz que desgarraba las entrañas, recordan al sacerdote su misión y sus deberes: la lucha entre el dolor filial y el ejercicio del poder sagrado cesa al punto. La flaqueza humana habia re-
clarado un momento las lágrimas del afligido, la religion restaura el alma enérgica del sacerdote. Coje el crucifijo, prende de su padre, que se halla en poder de aquel desgraciado, y dice con voz sonora y profundamente con-
movida:

- Cristiano, ¿es sincero tu arrepentimiento?
- Sí, padre mio.
- Te inspira tu crimen un horror profundo?
- Sí, padre, sí.

—Dios, inmolado sobre esta cruz por los hombres, te perdona.

Entonces el sacerdote estendió una mano sobre la cabeza del penitente, y alzando en la otra el signo sagrado de nuestra redencion, hace descender la clemencia divina sobre el asesino de toda su familia.

Vuelta la cara hácia el suelo, el viejo mendigo estaba inmóvil á los pies del eclesiástico. Tiende éste la mano para levantarle: ¡estaba muerto!

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

FE RELIGIOSA.

La fuente de la verdad es única, como la verdad misma. Los que se obtienen en buscar otro manantial para divertirla sed que les acosa, podrán, sí; fabricar cisternas, segun la expresion de Jeremías, donde recojan á duras penas el agua del cielo, terrosa ya y degenerada, pero no abrirse manantiales nuevos.

A menudo se nos habla de la fe y de la razon, como de dos antorchas: en nuestro concepto es inexacta esta expresion, en cuanto supone dos orígenes de luz distintos. Podrá la luz atravesar por tamicas mas ó menos groseras, reflejarse en superficies mas ó menos tersas; pero la luz verdadera, la luz viva, viene siempre de arriba; acá abajo no tenemos mas luz que esta que sacamos del seno de los cuerpos para disipar las sombras á algunos pasos en derredor nuestro, y que un soplo enciende y otro apaga. Esta es la razon: para contentarnos con ella es preciso resignarnos á sempiterna noche, ó á vivir en las entiañas de la tierra; pero como el hombre aborrece naturalmente las tinieblas, ingrato con la fe que de tiempo inmemorial posee, como los pueblos meridio-
nales con el sol que cada dia les visita, presume que la luz reside en su en-

tendimiento mismo, en este espejo que Dios le ha dado para reflejar la luz creada y hacerle levantar los ojos hácia arriba; y tomando el don por adquisicion propia, é interceptando con su mano los rayos que producen el reflejo, contempla muy ufano su razon, sin que las tinieblas en que queda una y otra vez, le escarmenten de su necio empeño.

Excusado será advertir que no hablamos aquí de la fe como virtud teologal, ni aun como revelacion en cuanto se limita esta palabra á la ley de Moisés ó á la de Jesucristo, sino de la fe como vida del entendimiento, como primer principio de todo conocimiento humano. Tan imposible fuera á la razon individual dirigirse por sí sola, como al hombre engendrarse á sí mismo. Los entendimientos tienen tambien, como los seres, una generacion, al estremo de la cual está la fe, como al estremo de la cadena de los seres está Dios. La fe puede llamarse la razon de las razones, como Dios el ser de los seres.

Por mas que se agurre el abismo de las negaciones, el entendimiento llega á una afirmacion; necesita creer, necesita fijar un eje al cual dar el primer eslabon de la cadena de sus pensamientos. La fe ó la afirmacion, que son una misma cosa en este sentido, es la condicion de existencia de todo pensamiento; y si una alma pudiera suicidarse, no comprendemos otro modo que el de cerrarse á toda fe y perderse en una duda sin límites. Pero el escepticismo verdadero es una quimera, porque el esceptico debe crear al menos en su razon, que le sugiere el escepticismo: su razon es su fe, y en su estrecho círculo de conocimiento voltea sobre sí misma, como se adorara á sí mismo el ateo que llegara á perder la idea de toda causa primera.

Las verdades en el órden intelectual, como las existencias en el órden físico, se eslabonan visiblemente y vienen á parar á un punto mismo, que es el que llamamos á la vez Ser Supremo y Verdad Suprema. Si no queremos llegar hasta él, nos detendremos en un punto mas bajo, en una atmósfera mas ensa; atribuiremos nuestro origen á un ser menos grande é inmaterial, ó reposará nuestra razon en una region menos elevada; seremos, en una palabra, idólatras y crédulos, ya que no religiosos ni creyentes; pero la fe y la adoracion, la dependencia intelectual y física jamas podremos rehusarla á un ser extraño, ya que nosotros mismos conocemos que no son patrimonio nuestro la vida y la verdad.

Desde este punto eterno, centro de la creacion, parten divergentes, como rayos de esplendor, todas las verdades; y nuestra razon no es, no, la luz á la cual debemos examinarlas; debe mirar solo su procedencia, y cerciorada de que es Dios su punto de partida, cerrar otra vez los ojos. La fe es la luz, los ojos son la razon; y así como de ambas cosas se necesita para ver, así deben concurrir la razon y la fe para que sea *razonable el holocausto de nuestros entendimientos*, y sean preservados de todo engaño, así como de rebeldia.

Concretado el nombre de fe á la única genuina y saludable que engendró la ley, revelada primero á Adán, promulgada luego en el Sinaí, y cumplida por fin en el Calvario, se ha creído que las falsas religiones no eran mas que aberraciones de la razon, concediendo en esto una especie de triunfo á los incrédulos y racionalistas, que cuentan así por suyos numerosos pueblos guiados por su misma efímera luz, por mas que honren poco su sistema los astrófitos en que cayeron aquellos. En nuestro concepto, no puede decirse con mayor razon de los gentiles el que carecieron de fe, porque era errónea su creencia, que el que carecieron de Dios, porque no le adoraban con el debido culto. Nunca estará por de mas hacer ver que el racionalismo, como el ateísmo, son una monstruosidad que solo está, no diré en el corazón, sino en los labios del que los profesa. La fe, aunque alterada por la infiel trasmision, ó descompuesta en el prisma de las pasiones, era la que presidia en las naciones idólatras;

fe en sus divinidades, fe en sus sacerdotes, fe en los agneros, fe en la naturaleza insensible, fe en todo, menos en su razon, que en vano los mostraba lo absurdo de sus creencias; creencias que si unas voces halagaban su corazón depravado, les imponian otros durísimos sacrificios. Eran sus dogmas destellos de una luz primitiva, centellas separadas del foco y que iban estinguéndose una tras otra, pero no tanto por el soplo helado de la razon, como por el viento impetuoso de las pasiones. Tal vez un impostor astuto ó reformador atrevido recogia con ansia estas centellas, para encender con ellas un fuego profano que hacia mirar luego como bajado del cielo; tal vez un soñador entusiasta, de los que tanto abunda el Oriente, acababa por persuadir á su entendimiento lo que habia delirado su imaginacion, y con sus mentidas inspiraciones engañaba á los pueblos, siendo el propio la primera víctima de su engaño. De ambas clases creemos que los hubo entre los autores de las falsas religiones; pero siempre será cierto que los pueblos veian en ellos unos seres superiores, mediadores y representantes de la divinidad, bajando el cuello á un yugo de fe tanto mas duro cuanto mas cuestionable era su origen, pues la fe errónea é ilegítima degenera en supersticion, así como la usurpacion se apoya casi siempre en la tiranía.

Los filósofos fueron los primeros que enseñaron á los pueblos á acudir el yugo con las armas de la razon, y sin embargo de lo degradante de este y de las luces y tal vez buenas intenciones de aquellos, puede dudarse si su aparicion produjo mas daños que bienes á la humanidad. Por un Sócrates, que batiendo la cicuta predicó mudamente la paz de la virtud y la inmortalidad del alma; por un Platon, cuyo ojo penetrante veia desde la altura de Sinio el albor naciente del cristianismo; hubo mil y mil sofistas, que profanando la razon hicieron de ella una pasion mas, y que destruyeron los templos sin construir nada en su lugar, se divertieron en apagar las débiles centellas que guian aun á las sociedades, y en cortar los flojos lazos que las unian. La época de los filósofos fué para Grecia y para Roma la época de las revueltas y de los tiranos; la razon se convino con la supersticion, en no dejar existentes mas que sus males y errores, trayendo en dote otros tantos; perdiése toda idea de verdad y de virtud; y estremece el cuadro que hubiera presentado el mundo bajo el imperio romano, si hubiera tardado algo mas en aparecer el cristianismo. El preparar á este el camino, fué tal vez el único bien que produjeron sin saberlo los filósofos de la antigüedad, aunque para nosotros, que creemos en los destinos inmortales de nuestra religion, no con menos presteza á su aparicion se hubieran derrumbado los fétidos de sus altares sin la primera sacudida que les habian dado los sofistas griegos.

Solo Dios podia reparar la humanidad, y solo Dios podia ilustrarla: la razon del hombre era tan impotente para esclarecernos, como su sangre para redimirnos. A Dios solo debíamos creer; y su Verbo divino, su *palabra*, fué el promulgador visible de esta ley sublime, por la cual se reservaba exclusivamente el dominio sobre nuestra razon, ó nos daba, por decirlo así, una razon nueva. No podia la mente humana subir á mayor altura, que refundiéndose en cierto modo en la de Dios, quien viendo la debilidad de su gloria, para mostrarle los tesoros de su grandeza. Tales son los misterio: ¡y el hombre se queja de ignorar el camino por donde llegó allá, y reputa tinieblas su luz vivísima, porque sus ojos carnales no pueden sostenerla! No comprendemos cómo hay quien vea una sujecion impuesta en el acto de abrirnos Dios sus arcanos y dejarnos espaciar por el mar inmenso de su sabiduría: sujecion fuera, si se hubiera mantenido inaccesible, encerrando nuestra alma en el estrecho círculo de los sentidos. Creer en Dios, es mas que saber, porque no hay fuen-

te de ciencia comparable. Con igual motivo podríamos quejarnos de la creación, que de la revelación, pues si esta supone anterior ignorancia, aquella supone la nada anteriormente.

La humildad es el sentimiento justo de la inferioridad, así como el envilecimiento es un exceso de sujeción debida; la fe, por tanto, humilla al hombre, mas no le envilece; sujeta su entendimiento al Creador, mas lo exime del dominio de las criaturas y de su propia falibilidad; su dependencia de Dios, y de solo Dios, es la mayor de las grandezas. Y para librarse del riesgo de engañarse y de ser engañado, tomando por voz divina la que no lo fuere, y dejar al mismo tiempo su razon con independencia bastante para hacer de la fe un acto meritorio, estableció Jesucristo un órgano visible para transmitir su voz, constituyó la iglesia, que no es cuerpo intermedio entre Dios y el hombre; es Dios mismo, en cuanto la voz es una misma cosa con los labios; institución admirable que así concilia la seguridad del hombre con su independencia, y que entrega en brazos de la fe la razon que ha conquistado!

Cuando esta sencilla y grandiosa doctrina, que revelando al hombre el origen de su existencia y de su pensamiento le muestra el término al cual deben ir á parar, no tuviera otro apoyo de su veracidad, que la prontitud, ó mas bien instantaneidad con que se propagó, bastaria para que reconocierámos en ella el espíritu de Dios, así como su mano en lo súbite de la creación. La razon humana descubre lentamente las verdades, y las propaga mas lentamente; modifica, pero no crea, y si llega á cerrar los ojos á la fe, reteniéndole las especies que recibió cuando despierta, las combina bajo una forma mas ó menos estravagante: de aquí se ve con cuánta propiedad se llaman sueños sus teorías, en cuanto son restos de verdades aglomeradas en monstruoso conjunto.

Y sin duda para manifestar esta diversidad, permitió Dios que al lado de su obra se desarrollara la de los hombres; permitió que se desmembraran de su naciente iglesia, y la acosaran sectas innumerables y poderosísimas, hijas del racionalismo filosófico de Atenas y de Alejandria: el filosofismo se envolvió con el disfraz de cristiano para socavar mejor los cimientos del cristianismo; pero este, despues de una lucha mas terrible mil veces que la que sostuvo contra la idolatría, triunfó del orgullo de la razon como de las prevenciones de una fe errónea y estraviada.

Los pueblos nuevos tienen mas fe, mas vida en el entendimiento, como mas robustez en su existencia: su espíritu, no adulterado aún, refleja mejor la luz que se le comunica. La superstición de los pueblos septentrionales era á la del imperio romano que invadieron, lo que la ignorancia de un niño á la arida decrepitud de un viejo; y así cuando plugo á Dios llamarlos para formar con ellos una sociedad nueva, hija esclusiva del cristianismo, brilló la fe sobre aquellas naciones vírgenes con un esplendor tan puro, que nunca pudo lograr entre los degradados runanos del imperio bizantino; siendo notable que de la raza romana salieron los herejes de los ocho primeros siglos de la iglesia, de la raza bárbara ninguno. Largos siglos dominó la fe en aquellas sociedades que ignoraban, por decirlo así, que la tuvieran, pues creían no tanto por dictamen de su razon, como por necesidad de su espíritu, y porque otra cosa no juzgaban posible, sin ser por esto su fe menos verdadera, sino mas perfecta, como no dejara de ser vida la de un hombre que no comprendiera la muerte.

Mucho se ha zaherido la sutileza é inutilidad de ciertas disputas escolásticas entones en boga; pero nosotros, sin negarla, vemos en ello un síntoma feliz para la vida intelectual de aquellas generaciones, cuyo círculo disputable, del que necesita siempre el espíritu humano para mantener su actividad, estrechado mas y mas por la fe, se veia reducido á jugar sobre palabras, porque estaban fuera de su alcance las cosas. Y si alguna vez estos, que podemos

llamar torneos del espíritu pasaban algo mas allá del limite vedado, se debian en gran parte sus extravíos al peripateticismo, á este monumento filosófico, resto de un mundo antiguo, ya del todo arrasado, que en los siglos de fe habia quedado en pie por una estraña anomalía, y que con una especie de fe solo inferior á la divina, era tambien acatado. Ahora, por cierto, si se atiende á las materias ventiladas, no adolecen de ridiculoz ni de vaciedad nuestras disputas en el seno de los pulpitos, al pie de los altares, en las escuelas, en las calles, donde quiera se ha trabado la lucha, y el mundo todo es un campo de batalla: grande es el vuelo que ha tomado en este siglo el espíritu humano, si su grandezza, como la de la tempestad, es en proporcion de lo que destruye. Tal vez no se ha notado bastante esta diferencia entre la fe y la razon, entre la ciencia de Dios y la del hombre; la primera es positiva y afirma, la segunda es ciencia negativa y se mide por lo que ignora ó lo que duda. El espíritu humano sabe tanto mas, cuanto mas de lleno le ilumina la fe, así como la Luna se nos presenta mas ó menos llena conforme la parte que vemos de su hemisferio iluminado por el sol.

No hay mayor enemigo de la fe, segun observó ya Bacon, que la ciencia incompleta; pues no divisanado mas que puntos aislados sin el lazo que los une, hechos sueltos cuya relacion y conjunto se esfuerza vanamente en adivinar, encuentra en aquellos huecos, si no los llena la fe, otros tantos abismos en que naufraga sin remedio su razon. Por esto fué irreligiosa por lo general, como incompleta, la ciencia del siglo pasado, aun prescindiendo de las malas pastos de los que como arna la esgriman; por esto indispensablemente va volviéndose religiosa la nuestra conforme se va completando; por esto, en fin, nunca puede pasarse sin fe la ciencia humana, porque acá en la tierra nunca llegará á su complemento.

Empezó el exámen y la duda en el órden científico: lejos de nosotros el condenarla absolutamente, ni de poder inviolabilidad para alguna autoridad humana al par de la divina; pero orgulloso el espíritu con lo que en este campo creyó haber conquistado, es decir, destruido, se elevó de este mundo que entregó Dios á las disputas de los hombres, á otro inaccesible, y no bastándole las fuerzas para llegar á él, creyó mas cómodo negar su existencia. Ya desde el principio habia peleado la herejía contra la fe, oponiéndole caprichosas cortapisas por entre las cuales no dejaba pasar de su luz sino lo que queria, obligándola á tomar las formas que imaginaba; ya el protestantismo desde el siglo XVI habia roto la cadena que liga á Dios con los hombres, y la razon de estos con su razon suprema, dejando sueltos todos los anillos en medio de una anarquía intelectual, que en vano pretendia remediar fijando un nuevo centro de autoridad y un ojo, aunque nucto mas bajo, en el cual terminaran eslabonadas las razones individuales: ambos sistemas destruyán la fe, la herejía, quebrantando su indivisible unidad, el protestantismo socavándola por sus cimientos; pero ambos hipócrita é sinceramente mandaban aun en su nombre, y valiéndose del elemento anárquico para destruir, usaban de principios de unidad y gobierno para apoyar el suyo. Debil al par que degradante debia ser esta ilegítima autoridad, y la razon no tardó en destruirla, proclamándose francamente á sí misma, y llevando al último estremo la negacion, en medio de la cual ella sola dominaba como sobre un campo de ruinas. La incredulidad en el órden intelectual, y la anarquía en el social, tal fué en el último siglo el reinado de la razon; y cuando los revolucionarios franceses quisieron personificar en una divinidad su idea dominante, no encontraron otro nombre que darle, que aquel tan hermoso y acariciado por los filósofos de aquella generacion, y padron ya para las venideras, de sangre, de crimen y de locura. (Se continuará.)

BELLO SEXO.

Lo que es para el mundo el sol al nacer de las alisimas montañas de Dios, es la belleza de la mujer virtuosa para el adorno de una casa.

Eclesiástico, c. XXVI, v. 31.

La mujer prudente edifica su casa: la necia aun la ya edificada destruirá con sus manos.

Prov. c. XIV, v. 1.

DE LA VERDADERA BELLEZA DE UNA NIÑA Y DE LAS DOTES QUE LA CONSTITUYEN.

Encontrareis muchísimas niñas que pasan los años preciosos de su infancia en estudiar la manera de componer su rostro, malgastando horas enteras delante de un espejo, al paso que miran con la mayor indiferencia el cultivo de la mente y del corazón, y el adornar el alma de virtudes mas estimables y preciosas á los ojos de los hombres que las flores, las gasas y los diamantes. Guardaos, hijas mías, de seguir sus huellas.

No reprobéis el que procureis componer vuestro exterior, y mucho menos el que os presentéis aseadas delante de los demás, pero sí que hagáis de ello la ocupacion principal de vuestra vida.

La mujer no ha nacido para ser como una flor, que se destina al adorno de un salon, y que debe agostarse en un jarro de porcelana: otros y muy elevados son sus destinos en el mundo, y por consiguiente y antes que todo debe atender á su cumplimiento.

Las gracias físicas son pasajeras como la belleza de las plantas, y ¡ay de la niña que al desvanecerse aquellas echa de ver que para conservarlas y aumentarlas descuidó el adornar su interior y enriquecerlo de gracias morales! Entonces conocerá, cual si despertase de un sueño engañoso, que su existencia ha sido como la de la rosa, que tiene un enjambre de mariposas que la festejan mientras conserva sus bellos colores, y á la cual todas desprecian y abandonan cuando está marchita, y que las ligeros horns perdidas delante del espejo, mas bien que para su provecho, sirvieron tan solo para halagar su necia vanidad, y dar pie á los adulaadores á que ablasen en ella lo unico que tenia digno de elogio, su fútil gusto en adornarse.

Porque os quiero, hijas mías, como puede querer una madre á los pedazos de su corazón; porque mi única ambicion es que os hagáis dignas del aprecio de los demás, como hasta ahora lo sois del mio, os encargo con toda mi alma que

cuideis de la belleza moral con preferencia á la física. ¿Creeis que si conociese la hermosura del rostro y no la del corazón debía hacer vuestra felicidad, no cuidaria mas de entretener guirnaldas para adornar vuestras sienes, que de reunir sabios consejos para embellecer vuestro espíritu? Por la satisfaccion que experimentalis vosotras en vestir y engalantar vuestras mariposas, podéis adivinar en parte la que tiene una madre en formar y embellecer el corazón de sus hijas; y digo el corazón y no el rostro, porque sería ponerlos al nivel de las muñecas, que no pueden amar ni aprender, ocuparme en adornar vuestro exterior y descuidar la única hermosura que nunca se pierde, la hermosura del alma. ¡No permita Dios que la necia vanidad ciegue á ninguna madre hasta tal punto! ¡No permita el cielo que pueda decirse nunca de ninguna de vosotras lo que del busto de la fábula:

Dijo la zorra al busto
Después de olerlo:

¡Tu cabeza es hermosa
Pero sin seso!

[No permita Dios que seáis jamas el escarnio de los mismos que os ofrecen mentidos incienso!]

Si nunca debiéseis salir de esta edad venturosa, omitiría por inútiles los saludables consejos que vais á leer en las lecciones siguientes; mas como dentro de algunos años debéis presentaros en el mundo que, mas que un jardín, según le llaman muchos, es un laberinto en el cual es muy fácil estraviarse sin un guía; por esto deseo que os prevengáis con tiempo para entrar en él con el entendimiento y el corazón ya formados, á fin de que ni os dejéis halagar por los obsequios de las personas frívolas que tanto abundan en la sociedad, ni seáis la burla de las que están dotadas de buenos sentimientos.

A vuestra edad debe considerarse la vida como un largo y peligroso viage, para el cual son necesarios grandes preparativos; y así como el peregrino al emprender su romería se abastece de todo lo que puede serle útil en el camino, y hace acópio de provisiones y de ropa, y graba en la memoria los consejos de los que han hecho antes que él aquella travesía, de la misma manera debéis vosotras no desear nada de lo que puede servirnos en el viage de la vida, aun cuando no veáis su utilidad por de pronto. «Nada desprecies por insignificante que te parezca, dice un refrán indio, pues muchas pajas detienen un elefante.» El hombre del campo edifica una casa para él y sus hijos con las piedras que encuentra en los caminos, bien así como el prudente labra su felicidad con los preceptos que recogió en su infancia.

No me cansaré de repetirlo: la mujer tiene altos destinos que llenar sea cual fuere el estado á que Dios la llame, y por lo tanto fuerza es que se disponga á cumplirlos debidamente desde la niñez; fuerza es que derrame desde sus primeros años en su corazón las simientes que deben producir con el tiempo hermosos y azoñosos frutos; fuerza es, en suma, que comience desde muy temprano á formar esa belleza del alma que debe sobrevivir á la del rostro.

Tal vez os parecerán demasiado graves para vuestra edad mis avisos; pero aun cuando así fuese, ellos serían como esas semillas que tardan mucho en echar raíces y en nacer, pero que dan en la estacion oportuna el fruto deseado.

Yo no haré mas que daros á conocer las dotes que debéis procurar adquirir, y los defectos que debéis evitar; yo no haré mas que indicaros las flores que embellecen el espíritu y el corazón, y los vicios que los afectan: ¡deber vuestro es escoger entre unos y otros. ¡Felices vosotras si mi rmo solo de mis consejos desdénais por humildes! Como la niña fatma recoge y pone en su cabello todos los adornos que le vienen á mano, vosotras, como prudentes, recoged y grabad en vuestra memoria las lecciones todas que os voy á dar.—*J. Rubio.*

CONSEJOS PARA HACER FORTUNA.

POR FRANKLIN.

Franklin, que desde simple cajista de imprenta llegó á ser grande hombre de estado y filósofo notabilísimo, decía á sus conciudadanos, hace ya cerca de un siglo:

“Si alguno de vosotros dijese que puede llegar á ser rico de otro modo que por medio del trabajo y de la economía, nadie le preste oído; es un emponzoñador.”

Estas palabras del venerable patriarca de la libertad americana, son hoy día especialmente de la oportunidad mas clásica. Nunca como hoy para procurar que lleguen á los oídos de todo el mundo, por el órgano de Franklin, las lecciones de la razón y de la sabiduría.

El camino de la fortuna, segun el antiguo impresor de Boston, es tan sabido como el del mercado. Todo depende de estas tres palabras sacramentales: *trabajo, orden y economía*; es decir, de no disipar el tiempo ni el dinero, sino de hacer de ellos el mejor uso posible. Sin trabajo, sin orden y sin economía, nada se consigue; con ello, todo.

I.

TRABAJO.

1. Huir la ociosidad, que ocasiona las enfermedades y acorta en mucho la vida.—La ociosidad, como el *moho*, gasta mas que el trabajo.—La llave está reluciente en tanto que se hace uso de ella.—La ociosidad lo convierte todo en difícil, el trabajo todo lo facilita.—La haraganería camina con tanta lentitud, que la sigue inmediatamente la pobreza.—La actividad es madre de la prosperidad. Sin trabajo no hay provecho.

2. Haz un uso muy prudente del tiempo.—El que ame la existencia, no desperdicie el tiempo, porque esta es la tela de que está hecha la vida. Si es el tiempo el mas precioso de los bienes, la pérdida del tiempo debe ser la mayor de las prodigalidades.—El tiempo perdido no se recobra jamas. Por mucho que sea el tiempo, siempre resulta que es corto.

3. No debe darse al sueño mas tiempo del necesario.—Zorra que duerme, no roba gallinas.—Tiempo tendremos de dormir en el ataud.—El que se levanta tarde va arrastrando todo el día, y comienza apenas á trabajar por la noche.—Mas vale dominar los trabajos, que ser dominado por ellos.—El acostarse temprano y el madrugar, procura salud, riqueza y sabiduría.

4. Es menester no dormirse con la esperanza de mejores tiempos.—La actividad no ocasiona disgustos.—Quien vive de esperanzas, muere de hambre.

—Hoy, es preferible á mañana.—No difieras á mañana lo que puedas hacer hoy.—Trabaja en tanto que dura el día de hoy; porque no sabes qué es lo que podrá impedirte mañana.—El hambre mira á la puerta del hombre laborioso, pero no se atreve á entrar.—Tampoco la traspasarán los alguaciles ni curules, porque la actividad satisface las deudas, en tanto que la holgazanería las aumenta.—Toma tus útiles sin mitones, ya sabes que gato con guantes no caza. Quizas tengas los brazos en estremo débiles y haya demasiada que hacer, pero tente con firmeza y verás milagros, porque á la larga, las gotas de agua oran la piedra.—Con paciencia corta el raton el cable.—Los golpes pequeños echan por tierra las mas corpulentas encinas.

II.

AMOR AL ORDEN.

Independientemente del amor al trabajo, necesitamos ademas de estabilidad, de orden, de cuidado, y vigilar nuestros negocios con nuestra propia vista, sin farnos tanto en la de los demas, porque nadie ha visto aunque medre mucho un árbol ó una familia que cambio de lugar muy á menudo.—Tres mudanzas perjudican mas que un incendio.—Guarda tu tienda y ella te guardará.—Si quieres que tu labor se haga, ve allá, y si no quieres que se haga, envía á otro.—El ojo del amo ejecuta mas trabajo que las dos manos.—La falta de cuidado perjudica mas que la falta de ciencia.—No vigilar á los trabajadores es lo mismo que entregarles la bolsa abierta.—El cuidado que uno se tome de sí mismo es el que fructifica mas, porque es evidente, si quieres tener un servidor fiel y que te complazca, sirvete á tí mismo.—Los grandes males suelen tener muchas veces su origen en los pequeños descuidos.—Por un clavo se pierde una herradura; por una herradura se pierde un caballo. Por un caballo se pierde un caballero; porque llega su enemigo y lo mata; y todo por no cuidarse del clavo de la herradura.

III.

LA ECONOMÍA ES EL COPLEMETO INDISPENSABLE DEL AMOR AL TRABAJO Y AL ORDEN.

1. El que quiera llegar á ser rico, necesita poner tanto cuidado en guardar como en ganar.—A cocina grasa, testamento magro.—La América no ha llegado á enriquecer á Europa, porque sus gastos han escollido siempre á los ingresos.

2. Deja á un lado los locos dispendios, y no tendrás tanto porque quejarte de lo fatal del tiempo, de lo grave de los impuestos y de las cargas que sobre tí gravitan, porque las maugeres y el vino, el juego y la mala fe, convierten en pequeñas las riquezas y en grandes las necesidades.—Mas que dos hijos cuesta alimentar un vicio.

3. Descenfia de los gastos pequeños.—Los arroyos chicos forman los grandes rios.—Una ligera hendidura basta para echar á pique un gran navio.—Compra lo que no te sea útil, y dentro de poco tendrás que mal vender lo que te sea necesario.—Reflexiona bien antes de approacharte de lo que te sea barato.—Las ventas á menos precio han solido arruinar á muchos.—Es gran locura emplear el dinero en comprar un arrepentimiento.

4. Gró y raso, escarlata y terciopelos apagan la lumbre del fegon: lejos de constituir las necesidades de la vida, apenas forman las comodidades.—Por estas y otras semejantes estravagancias, se ven las personas de cuento reducidas á pobreza y obligadas á pedir prestado á los que menospreciaban antes, pero que viven á fuerza de actividad y economía; lo que prueba que un labrador puesto de pié es mas grande que un magnate hincado de rodillas.—Donde se saca y no se mete, el fin se halla; y al ver secos los pozos es cuando se aprecia el valor del agua.—Antes de los autos debe consultarse la bolsa.—El orgullo es un medicamento que grita tan alto como la necesidad, y con mucho mas desecho.—El pobre que remeda al rico es tan loco como la rana, que se infla para igualar el tamaño del buey.—Los navios grandes pueden aventurarse algo, pero los botes no deben apartarse de la orilla.—Ademas, las locuras de este género se ven muy pronto castigadas; porque el orgullo que come

de vanidad, cena de menosprecio.—El orgullo se desayuna con la abundancia, come con la pobreza y cena con la vergüenza.

5. Evita las deudas.—Si quieres saber cuál es el valor del dinero, ve y pídelo prestado.—El dinero engendra dinero; los hijos que engendra, se reproducen más fácilmente aún y así sucesivamente.—Cuan to más se multiplican las im posiciones más se acrecen, y tanto más pronto se consig uen sacar utilidad de ellas.—El que disipa un duro, destruye todo cuanto podía producir es te duro, y hasta centenares de reales.—El buen pagador es dueño de la bolsa de los demás.—El que tiene fama de pagar con puntualidad y exactitud en el plazo convenido, puede, en todo tiempo, gozar del dinero que tengan disponible sus amigos; recurso apreciazilísimo en ocasiones.—Adquirir deudas, es lo mismo que hacer á los demás árbitros de nuestras acciones.—Un saco vacío se tiene muy mal en pié.—El que compra fiado, paga no solo el valor del objeto que compra, si que también una prima de fianza por la exposición que corre el vendedor, el que compra al contado la evita ó puede evitarla.—La cuarema es sumamente corta para quien tiene que pagar en la pascua.—Procurad mejor acostaros sin cenar, que levantaros con una deuda.

6. Debe mirarse para en adelante, en tanto que es uno jóven y está en buena salud.—El sol de la mañana no brilla todo el día.—Gastad cuanto podáis y guardad lo que ganeis; he aquí la piedra que convertirá en oro nuestro plomo.—El que prodiga sin fruto por valor de veinte reales al mar.—El que pierde veinte reales con tanto talento como si los arrojara al mar.—El que pierde veinte reales, pierdo no solo estos veinte reales, sino además todo el provecho que hubiera podido sacar de ellos, empleándolos en cualquier industria, lo que, en el espacio que media entre la juventud y la edad procvecta, puede ascender á una suma considerable.—Gastad al día dos tlaos monos de la ganancia neta que obtengais.—La independencia, con mucha ó poca fortuna, es una suerte feliz y coloca al hombre que la posee al nivel de los más poderosos.

IV.

DEL MODO DE CONDUCIRSE Y DE LA RELIGION.

Si bien son cualidades excelentes la actividad, la prudencia y la economía, nos serian de todo punto inútiles sin la bendición del cielo; impetra por lo tanto con humildad esta bendición, y no dejes de ser caritativo para los que lo necesitan, —consuétales y ayúdalos.—Por último, daremos el siguiente buen consejo á los que quieran enriquecerse: La experiencia posee una escuela que cuesta cara, pero que es la única en que pueden instruirse los insensatos.—Franklin tiene mucha razón al decir que se puede dar un buen consejo, pero no buena conducta. No obstante, téngase presente esto: Quien no sabe ser aconsejado, no puede ser socorrido; y demás, que si no prestais oído á la razón, no dejará de daros sobre los dedos.—La religion hace desear la vida, no por el placer de daros sobre los dedos.—La religion hace desear la vida, no por el placer de Dios, centró y modelo de toda perfeccion. Debemos dedicarnos á reconocer esta divina perfeccion, esta bondad infinita, para arreglar á ella nuestra conducta, invocarla, para seguir sus inspiraciones.—La templanza es la mejor cosa que uno se puede procurar.—De entre las deudas, la más sagrada es la del reconocimiento.—Es necesario dedicarse menos á adquirir las cualidades que se que han recibido de la naturaleza, que á libertarse de los vicios y defectos que se tengan.—Dios está en nosotros; por do quiera, el hombre que sigue sus inspiraciones, se eleva, se engrandece, desde el humilde pastor hasta el hombre de estado, bienhechor de la humanidad.—Uno y otro atraviesan la vida, haciendo el bien y combatiendo el mal.—A. D.

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

FE RELIGIOSA.

(CONCLUSION.)

Pero todavía faltaba un paso más que dar: la razón había producido la nada, y ella misma podía muy bien no ser otra cosa que la nada. ¿Por qué había de existir ella sola en el caos universal? ¿Qué certidumbre más tenía de su existencia, que de la de cuanto le rodeaba? ¿Dónde estralar los pies? ¿Dónde sentarse? Debía acabar por negarse á sí misma desesperadamente, como aquellos situados que después de haber pegado fuego á su ciudad se arrojaban por último á las llamas. La incredulidad terminó en el escepticismo; pero el escepticismo tampoco puede ser estable en el entendimiento, porque se destruye á sí propio; no le queda más recurso que refugiarse en el corazón con el nombre de indiferencia; materializando en cuanto le es dable el espíritu, y sofocando todo pensamiento con la actividad de las pasiones. Tal es, pues, la fatal escala que descende la razón abandonada de la fe; tal es la monstruosa generación de la mentira; el error produjo la incredulidad, esta el escepticismo, el escepticismo la indiferencia; y este, que es realmente un progreso en el mal, podemos mirarlo como un bien en cuanto se va acercando más á su término, porque el error, seguido en todas sus lógicas consecuencias, es un círculo que por último viene á parar otra vez á la verdad. El que duda, en efecto está más cercano de creer que el que niega, y el que huye de la discusión con un *qué me importa!* si bien más degradado confiesa tícidamente que en la región del entendimiento la fe no puede sufrir amigos, que solo del corazón pueden levantarse los infectos vapores que la oscurecen, que es preciso creer en una palabra, ó aniquilar el espíritu, en cuanto está en la mano del hombre aniquilarle á fuerza de embutecimiento y de goces materiales. Cuando reina la indiferencia, ya no se traba la lucha entre la razón y la fe, sino entre la fe y las pasiones; ya no se dice *esto no es verdadero*, sino *esto no me conviene*; más como semejante argumento prueba muy poco acerca de la realidad de una cosa, y el entendimiento jamás enmudece del todo, tarde ó temprano disipa la verdad la densa neblina, y muestra que solo es *conveniente lo verdadero*.

Cuando la fe brilla con toda su luz y calor, todo lo arrolla, intereses y pasiones; más siendo tal la naturaleza del corazón, que se hurga á lo que como bien se le presenta, ilustrado por la fe acerca del valor verdadero de las cosas, no pudiera menos de apotecar siempre el bien moral, de suerte que con una fe siempre viva sería imposible el pecado. Las faltas de la voluntad van acompañadas siempre de un error práctico en el entendimiento; error culpable porque es efecto de las pasiones. Así una fe sin obras se llama muerta; como una centella oculta entre cenizas, podreis estinguirla, pero no quitarle sus cua-

lidades inherentes, el calor y la luz. Cuando un error formado lentamente por el hábito corrompido de las pasiones ha usurpado á la fe el dominio del hombre, no digas que ha sido vencida y desalajada, sino que habia ya desaparecido, dejando vacío el trono en castigo de la prolongada rebelión de la voluntad. No hay ningún apóstata que no haya muerto la fe en su corazón antes de renegarla con los labios.

Estas reflexiones que nos muestra el imperio de la verdad sobre el corazón humano, nos tranquilizan también acerca del término de esta letal indiferencia que embarga á nuestras sociedades, y que ha convertido á la Europa en un vasto bazar ó en un harem voluptuoso. Cada día se nos ponderan los adelantos industriales, los descubrimientos científicos, el movimiento comercial, los refinamientos de civilización que debe á nuestra época la humanidad; pero ¿qué mucho, si se ha encarcelado dentro de este círculo al espíritu humano, si se estudia la materia, se goza la materia, se explota en todos sentidos la materia? No parece sino que á toda costa se trata de ahogar el pensamiento, ora con el ruido de las máquinas, ora con el humo embriagador de los placeres; pero nunca tal vez se habia manifestado aquel tan vivo, tan inquieto, tan turbulento: su agitación se parece á las convulsiones del animal á quien se privan del aire necesario á su respiración. Difícil será á la edad futura, y lo es acaso para muchos de la actual, el comprender el carácter de este siglo, el conciliar tanto bienestar físico, con tanto malestar intelectual; tanto materialismo en las costumbres, con tantas ansias y vacío en el corazón; tanta frialdad, con tanta exaltación; tantos gozos, con tantos padecimientos, y por último, esta mezcla de indolencia y agitación, de muelle letargo y de febril delirio que le acusa, puede todo se explica en nuestro concepto diciendo que se han dividido el dominio del siglo el escepticismo y la indiferencia; esta resaca, indolente, egoísta, vuelta de frente al mundo material; perdido el otro en las regiones del pensamiento, anhelante, desconsolado, preso de la misma desesperación, del que robara, sin poder hallar fondo, de abismo en abismo. He aquí en gran parte los hijos de este siglo, escepticos ó indiferentes conforme su edad, sus ocupaciones y la naturaleza de su alma: los primeros, hombres de estudio y jóvenes particularmente, los segundos, hombres de mundo y de negocios; aunque más á menudo alternan ambos males en un mismo individuo á horas y en casos distintos. La materia goza y canta sobre sus tesoros, el espíritu gime sediento de verdad; pero francamente nos estreñecen más aquellas risas y alegrías que estos lamentos, y si algo nos hace esperar en la salud del enfermo, son sus ayes y quejidos.

Sea como fuere, aun en lo presente, tan lamentable como es, venos un bien, y es que la razón queda herida de muerte como árbitra y legisladora. Todas sus transacciones con la fe, todos sus sistemas ó teorías más ó menos especiosas y estables, todos los puntos intermedios y principios de autoridad que entre Dios y la nada habian pretendido fijarse, todos han caducado ya, y ha sido reconocido su ineficacia. En un punto conviene la fe y el escepticismo en la nulidad de la razón; aquella para alumbra, este para condenarla á oscuridad sempiterna. El que con ella se encuentre mal hallado, no tiene más recurso que refugiarse á la fe; pero el que niegue la entrada á uno solo de sus rayos, recerrará sin remedio en la oscuridad. Por esto nos parece que se equivocan acerca de las necesidades y exigencias del tiempo los que aun en defensa de la verdad hacen gala de un espíritu harto ratiocinador, y nos guían á su conocimiento por caminos tal vez los más ingeniosos, pero largos y arriesgados: este siglo está cansado de razón. La grande alternativa que se agita es fe ó escepticismo, luz ó tinieblas, todo ó nada.

Hasta aquí nos ocupó la fe religiosa, y no es culpa nuestra, si á menudo

se rozó el hilo del discurso con otras clases de fe que no miran especialmente á la religion, porque las verdades de todo género se eslabonan. Tal vez desarrollaremos en un plan más vasto algunos puntos que nos ha impedido ampliar la necesidad de pasar á otras materias.

LA MUERTE DE EVA.

ESCENA BIBLICA.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra, de la que fuiste tomado; porque polvo eres, y en polvo te convertirás.
Y llamó Adán á su mujer de nombre Eva, por cuanto era madre de todos los vivientes.
Genesis, III, 19, 20.

I

Jóven todavía, el mundo nadaba en una atmósfera de pureza y de alegría! Estaba entonando su primer himno: abría á los ojos del Señor las flores que de él habia recibido; amaba y se exaltaba delante del Señor. La colina no se encorvaba todavía bajo los fuegos del volcán; el árbol no temblaba de frío, el viento continuaba no atravesaba las vastas soledades. Un aura blanda y serena habíala por todas partes la tierra, que parecia, de lejos, esmaltada y prendida como para una boda, un trono digno de Jehová; y de cerca, una virgen sentada con su velo en el dintel de su casa, aguardando á su esposo en un silencio lleno de venturas.

II

En la creación, mil y mil voces partían unidas de intención y tendían todas á elevarse hacia el Señor, que aunque ya no se manifestaba, todavía hacia descender su sombra sobre las alturas, y desde ellas se extendía sobre el espacio habitado. El universo vivía de la adoración misma habia pensado en decir: "Mis rodillas están cansadas de doblarse, mis manos de elevarse hacia el cielo." Y si en virtud de la terrible sentencia pronunciada en el Eden, la fertilidad no le venia ya más que con el trabajo, por la tarde, terminada su faena, tendía la vista sereno, lleno de esperanza, hacia el lado del Oriente, donde dormía el paraíso cerrado á los hombres, guardado por el ángel.

III

El mundo era jóven todavía, pero Adán era viejo, y Eva estaba condenada á un fin poco distante: Adán se acercaba á la tierra de donde habia salido, y ya Eva iba á volver á ella. Una mañana en que penetraba en el recinto del altar, vióse rodeada de un vivo resplandor: bajó la cabeza, hizo oración y dijo: "Señor, aguarda vuestra voluntad." Una voz singularmente sonora gritó á sus oídos: "Mujer, abre los ojos y mira. ¿Me conoces? ¿Soy de tu raza?" Miró, y vió un ángel cuya frente rodeaba una corona de siete estrellas, con

las alas tendidas, y vestido de una túnica de color oscuro. Eva respondió.—“Estabas á mi lado cuando fui creada: venistes á mi sonriendo, y yo al instante te tendí los brazos, aun antes de saber quien yo era: tú me llamaste tu hermana. Pero ¡oh santo mensajero! tú siempre te has quedado el mismo, y yo no he comprendido por espacio de mucho tiempo que cada día porque yo daba gracias al Señor, me envejecía mas y mas. Aguardo su voluntad.

IV.

El ángel le respondió.—“Te acuerdas de la predicción? Vivir padeciendo y apagarte en fin como el sol se apaga por la tarde al parecer. La primera entre las mugeres, tú sufrirás el castigo de tu culpa. Todo lo que has amado, conocido y palpado desaparecerá de ante tus ojos: date prisa á ver lo que te rodea, porque dentro de tres dias se cerrarán tus ojos, y luego comparecerás delante de tu Criador.

V.

Eva se dió muchos golpes de pechos invocando las oraciones del ángel por ella.—“Santo mensajero, le dije, si debo volver á tomar el camino del Eden, mueva á compasión á tu hermano que guarda sus puertas; pídele que baje aquella espada de fuego con que nos amenazó!” Sin hablar palabra indicó el ángel á Eva el altar, y desapareció, y ella creyó que acaso la oración le habria obtenido el perdón que podia. De vuelta en su retiro, tendióse en el suelo, y dijo.—“Ya es llegado mi fin: Jehovah me lo ha anunciado: dentro de tres dias ya no estaré entre vosotros.” Adán se cubrió de polvo y cruzó las manos sobre su frente venerable.

VI.

Cuando le pareció que Eva se habia dormido, levantóse el anciano y llamando á sus cuatro últimos hijos, todos jóvenes y robustos, los únicos que habia conservado á su lado, los dijo.—“Id sin tomar descanso, sin enojaros el sudor, sin bañaros en los rios, id á buscar á los hijos del primer hombre, á los que edifican ciudades, á los que trafican con ganados, los que labran sulcos, llamados gritando en la direccion de sus moradas: “¡Hermanos! ¡hermanos! ¡nuestra madre comun va á morir! ¡venid, venid á recibir su bendición!”

VII.

Todos los hijos prestaron el oido atento al grito de dolor de los mancebos. Enoc dejó su ciudad, Seth la suya, Tubalcain sus obras de bronce; uno dejó su arco, otro abandonó el arado; todos se ceñieron la cuerda á la cintura, y se pusieron en camino. Reunieronse á toda prisa en los caminos, en las selvas, y cuando estuvieron reunidos formaban el estruendo de las olas del mar. Erogolfado en su dolor, Adán no los oia llegar. Evanam, el mas jóven de sus hijos, le tiró por el vestido, diciéndole.—“¡Padre, aquí están!” Levantóse el anciano y salió á recibir á su prole; al verlo, todos se arrojaron sin dejar sus báculos, todos se agolparon á su rededor para tocar el borde de su túnica; pero él meneó tristemente la cabeza, y dijo.—“Guardad vuestros besos para la que va á dejaros.”

VIII.

Pocas horas despues despertóse Eva, y habiéndose incorporado, se apoyó sobre el codo, llamando á Evanam.—“Madre, dijo el niño, ¿por qué dejas tu blando lecho de musgos? Quiero respirar el aire de la mañana.—Pero ya va á llegar la noche. ¡Yá! ¡pon que ya no miro con la vista la carrera del tiempo! Ahora estoy como cuando nací: todo lo miro con asombro, casi sin ver nada: todo es nuevo para mí.—Madre, prepárate, ahí están tus hijos.—Ya lo sé; el Espíritu Santo me ha visitado en sueños y me ha dado esa dulce nueva.

Evanam, tú el mas jóven, tú eres quien sostiene á la mas anciana de la tierra... Vamos, Evanam!”

IX.

Cuando se presentó Eva, todos quedaron en un sombrío silencio; parecia que el dolor, los padecimientos se habían revelado por primera vez, y que todos los hombres nuevos sobre la tierra, venian en el ejemplo de su madre comun la triste herencia que iban á dejar á sus hijos. Al punto se arrojaron para recibir la bendición de adios: de pié, en medio de aquellas frentes inclinadas, Eva aparecia semejante al anciano pastor que agobiado bajo el peso de sus males, guarda todavia y protege á sus ovejas. Ceñian sus cabellos sobre sus espaldas, plateados como los rayos de la luna: su brazo estendido sobre todas aquellas cabezas reclamaba la atencion, y su serena mirada, el respeto. Hizo oracion y dijo.—“Todos seais bienvenidos: vuestro aspecto ha refrescado mi corazon y regocijado mis ojos. Hijos, voy á morir: me buscareis y ya no me hallareis: muchas voces os direis en vuestro corazon: Aquí venia á sentarse; pero ya no volveré á tomar asiento bajo vuestro techo, ni á la sombra de vuestros árboles.

X.

“Seré como el humo que se desvanece, como el ruido que cesa, como la ceniza, único vestigio de una palmera abrasada. Me buscareis mucho tiempo, hasta el dia en que los vuestros os buscarán tambien. Y sin embargo, naei immortal: mi culpa os ha perdido. ¡Ah! yo no puedo contaros las delicias del paraíso: desde que nos fué vedado entrar en él, su recuerdo se ha borrado para nosotros. Acaso irá allá donde he venido, y donde os esperaré con leche y frutas.” Seth preguntó.—“¿La muerte, oh madre, no es inmovilidad?—Sí, hijo mio. ¿Con que quedarás como Abel, como Abel que duerme siempre, y nunca nos ha respondido?”

XI.

Apenas Seth hubo nombrado á Abel, estremeciése Eva y pareció que no podia tenerse en pié. Sus megillas se coloraron como dos rosas; sus rodillas se sacudieron maquinalmente como dos rocas que van á caer una sobre otra; y señaló con la mano izquierda una loma poco distante. Todos entendieron aquel mudo lenguaje: cogieron en sus brazos cruzados, y la llevaron á la sepultura de Abel, donde Dios habia hecho brotar las flores mas hermosas y la yerba mas verde. Porque aquella era la ultima mansion del justo, y cuando un ángel tenia que posarse en la tierra, dirigia su vuelo hácia aquella sepultura.

XII.

Eva quedó con la cabeza inclinada. Cuando todos los que la rodeaban se afligian con la idea de su pérdida, ella no pensaba mas que en su hijo querido, arrebatado tan promaturamente á su ternura.—“Aquí, murmuró, aquí está; nosotros lo depositamos aquí, nosotros mismos! ¡Oh víctima querida! caiste teniendo en la mano los dones que ibas á ofrecer. El Señor te halló tan puro, que quiso atraerte á su regazo; entonces, no es verdad, Adán! corrieron de nuestros ojos muchas gotas de agua, que hemos llamado lagrimas, y conocimos que estos ojos no nos han sido dados únicamente para ver.”

XIII.

Como estas palabras inspiraron á todos sus hijos un profundo abatimiento, Eva, que tenia ya poco tiempo que pasar con ellos y les debia sus consejos, levantó la cabeza, y enseñándoles las riquezas que se estendian en derredor de ellos multiplicadas en un vasto horizonte, les dijo: “Ved esa tierra, jóven, fresca, abundante; vuestra mision es conservarla en esa constante juventud, y

luego ir á descansar una parte de la obra de Dios queda aquí, la otra se va. Sostenedme, á fin de que yo pueda admirar aún tantas maravillas. ¡Oh! todo eso nació conmigo; el mundo y yo emanamos juntos, al mismo tiempo, de la mano de Dios.

XIV.

“Pero vosotros, hijos míos, vosotros no estáis en el mismo caso: la debilidad fué el primer signo de vuestro nacimiento: del mismo modo los árboles se han reproducido débiles; vosotros habéis tenido necesidad de crecer, y ellos de echar raíces. Ya los seres que proceden de nosotros están sujetos á padecer; ¿no estarán á lo menos á amarse? No quiero prevenir... Ayudados constantemente; levantad al caído; ofreced vuestros frutos al que tiene hambre, agua en la palma de la mano al que tiene sed; aunque habéis países distantes, no os miréis nunca como extranjeros unos á otros. ¡Ah! ojalá pudiese yo quedar eternamente sobre la tierra, á fin de que mis hijos reconociesen siempre por mí su origen común!”

XV.

Empezaba ya en tanto la noche á dejar caer su velo sobre la tierra; todavía se extendía la luz en largos raudales que sulcaban el cielo por el lado del Occidente, teniendo los ríos y las cimas de los árboles de un color de fuego reflejado en todas partes. Eva fue quien hizo admirar aquella dulce serenidad á su piadosa familia: respiraba con delicia los últimos oros que debían hacer ondular sus cabellos diciendo:—“Si alguna vez llega para la creación la noche de la eternidad, ojalá sea esa noche tan serena como esta! Así como el agua va suavemente á mojar la arena de la orilla, del mismo modo sea llevado el hombre blandamente á los pies de su Criador.”

XVI.

Pero de repente sobrevino una gran mudanza. Los rayos de luz en que los hombres fijaban su vista, se retiraron como recogidos todos á la vez por una poderosa mano. Un calor desconocido pesó sobre el aire; sombríos y gigantescos nubarrones se acumularon como negras rocas suspendidas sobre la tierra, y próximas á desplomarse sobre ella. Los vientos, retumidos hasta entonces por Jehová, se precipitaron retirándose al través del mundo, y barrieron su superficie. Un estrépito nunca oído resonó de sbito: todo lo que vivía prorumpió en amargos y angustiosos alaridos. Los relámpagos volvieron al horizonte una viva claridad; el rayo fué á rodar por lo profundo de los valles, y recorrió con ansia la tierra que no conocía.

XVII.

Pálidos y consternados, los hijos de Eva se apilaban entre sí, esperando en silencio el principio la severa manifestación de Dios: luego empezaron á murmurar, en vista de aquella lucha de los elementos desconocida para ellos—“¿Qué estruendo decían, ¡qué estruendo! ¡qué noche tan profunda! ¿Qué fuegos son esos? ¿Por qué acaba de caer eso alto cedio? Nunca hemos visto ni oído cosa semejante. Apenas podemos distinguir nuestra voz... ¡Oh Señor! ¿Nos heriréis también á nosotros? ¿Vais también á precipitarnos delante de vuestra cólera? Por ventura ¿no hemos nacido mas que para sufrir? Apenas podemos respirar; el temor embarga nuestros corazones; ¿por qué, Señor, por qué olvidáis que somos vuestros hijos?”

XVIII.

Era, aunque próxima ya á exhalarse el último suspiro, oyó aquellos murmullos, aquellas palabras de duda. Alzó los ojos al cielo, y no vió en él mas que

la tempestad; por todas partes reinaba el desórden. Entonces suspiró profundamente, y dijo:—“Esas revueltas en su alma y en la naturaleza me presagian muchos males: la predicción se cumplirá. Los hombres estarán algún día divididos entre sí; no se reconocerán unos á otros en la noche de su odio; no responderán al nombre de hermano mas que con la amenaza. Yo sembré el mal, y mi primogénito recogió el fruto de aquella fatal semilla. Mi descario no será estéril: el seno de la mujer ha concebido; del mismo modo su culpa concebirá. La serpiente no morirá conmigo.” Dicho esto, murió Eva llena de dolor.

XIX.

Todos sus hijos, distraídos de sus temores por la muerte de su madre, oraban junto á ella. De pronto se rasgan las nubes, brota el relámpago en el horizonte, cae el rayo con estruendo... Y á aquel tremendo resplandor se vió á lo lejos, muy á lo lejos, un hombre que huía, con el pelo erizado, con los vestidos en desórden, perseguido por la tempestad...

XX.

Y aquel hombre era Cain!!!...

DOLORAS.

POR D. RAMON CAMPOAMOR.

CORTA ES LA VIDA.

Paróse, una voz sentida
cierto viajero escuchando,
y vió una ave que, rendida
al pie de un árbol, piando
triste exhalaba la vida.

Y al ver que al árbol querido
mirando desde la grama,
alzaba el postor gemido
hacia la flexible rama,
do aun columpiaba su nido:

—“He aquí,” dijo en su sorpresa,
“la imagen de la fortuna:
vagando sin ley alguna,
al fin hallamos la huera
al mismo pie de la cuna.”

Y alejándose al momento,
por temer su mal no escaso,
añadió en su pensamiento:

—“¿Cuánto las separa?— ¡Un paso!
¡Y qué media entre ambas!— ¡Viento!”

QUIEN VIVE OLVIDA.

Que la dicha si es colmada,
si nada turba el contento,
suele trocarse en tormento,
porque cansa al corazón
siempre una misma pasión,
siempre un mismo sentimiento.

EL CONDE DE REVILLAJIGEDO.

EL.
¡Cuánto amor, Adela mía,
aquí un día
me juraste y te juré!

ADELA.
Por cierto que fué en Noviembre,
y en Diciembre
me olvidaste y te olvidé.

EL.
Allí grabé con pasión
la expresión
de que *vivir es amar*.

ADELA.
Bajo expresión tan traidora,
graba ahora
que *vivir es olvidar*.

EL.
Aun por tí mi amor se inflama,
porque el que ama
nunca olvida, si ama bien.

ADELA.
No hagas de tu amor alarde,
que, aunque tarde,
á gran amor gran desdén.

EL.
Entre estas ramas, ¡ay triste!
me dijiste:
"No te olvidaré jamás."

ADELA.
No acerté, en mi error profundo,
que en el mundo
quien mas vive, olvida mas.

EL.
¡Cuándo con locos extremos
volveremos
á amar con tan ciego ardor?

ADELA.
Nunca, pues ya hemos sabido
que el *olvido*
sigue, cual sombra, al amor.

EL.
¡Tiempos felices aquellos
en que, bellos,
vivir era idolatrar.
ADELA.
¡Quién entonces (pena fiera!)
nos dijera
que *vivir es olvidar*!

LAS TRES FORMAS DE LA FE.

II.

FE POLITICA.

Después de las verdades del orden religioso, no las hay mas importantes y dignas de exámen, que las del orden social y político, en cuanto regulan nuestros deberes como ciudadanos, afectan la humanidad en estos grandes cuerpos que se llaman naciones, y establecen en la tierra una paz y unidad, reflejo y preldio de las del cielo, ó presentan en ella una imagen de la region del desorden y del espanto. Después de fijado el punto de partida y el término de nuestra peregrinacion, clavados siempre en él los ojos, el primer objeto de nuestra atencion es naturalmente la *causava* á la cual debemos marchar unidos, cuidando de no extravíarnos del camino en medio de la general confusion: sin dar tampoco tanta importancia á estas cuestiones, que aspiramos á conquistar y á plantar nuestras tiendas en los países que como viajeros no hacemos sino atravesar.

Sin embargo, este orden, aunque puramente humano, estriba en una base divina, que toda la sagacidad de los políticos y las teorías de los filósofos hubieran sido inhábiles para descubrir sin la revelacion. Las sociedades que de ella carecieron no sabian de dónde venian, ni adónde iban: cómo habian de regular su marcha? Si algun punto se ha estudiado en este siglo, es sin duda el cambio que en la vida social y política de los pueblos introdujo el cristianismo, y la constitucion y existencia nueva que les dió, y que á pesar del empirismo filosófico y del trastorno revolucionario subsiste todavía. Si las naciones no son mas que grandes individuos, la política no es en su esencia otra cosa que la moral de las naciones. Bajo este concepto hay mucho fijo y eterno en política; y en este campo que tan vago y oscuro se nos presenta á primera

vista, hay marcados muchos rastros de sendero indeclinable, del cual no se puede salir sin deslizarse en un abismo. Sin mas código que el Evangelio, compuesto Bossuet, un cuerpo de política cristiana.

Dios nos concedió la razon para el conocimiento de las verdades y la conciencia para el conocimiento de los deberes, y entrambas para suplir el hueco que en puntos menos necesarios ó elevados nos dejó la revelacion, y para guiarnos en el palenque que esta reservó abierto á la actividad de nuestro espíritu y á los deseos del corazon humano. La conciencia, pues, y la conviccion de cada cual, pura de todo bastardo elemento que la oscurezca, es la que acaba de trazarnos el sendero político que las verdades morales y reveladas señalan acá y acullá como grandes piedras millarías, y aun á trochos ofrecen y encorronan, pero que generalmente dejan abierto en mil direcciones. Por tanto, la fe política no es mas que una conviccion arraigada y sostenida por una buena intencion acerca de las ventajas de un sistema ó medida de gobierno; y en este sentido no excluye el error ni la variacion, pues partiendo de un principio humano, versa sobre un objeto humano tambien y variable; no excluye ni aun la accion lenta de las pasiones sobre el entendimiento que llegan á alterar; excluye solo una pasion calculada y en lucha con la conviccion, un interes egoísta, y en suma, cuanto es hipócrita, dañado y mentiroso.

Así, pues, la política en la parte que tiene de eterno, de fijo, de invariable, en los deberes de la moral ó en los principios constitutivos de la sociedad, debe ser objeto de una fe tan eterna é invariable como la religiosa; en la parte que se adapta á las necesidades accidentales y al giro voluble de los siglos, á las formas de gobierno, al ejercicio del poder, á las teorías sucesivamente dominantes, nuestra fe será mas ó menos prudente ó justificada, segun se adapte mejor á las lecciones de la experiencia, al conocimiento del corazon humano, especialmente en la generacion contemporánea, á ciertas analogías mas ó menos visibles, que existan entre la sociedad eterna y las temporales, entre el órden del universo y el de un Estado; pero será siempre una fe meramente humana. En el segundo sentido podemos muy bien ser escépticos en política irrepensiblemente; en el primero de ningún modo. La primera fe no tiene analogía alguna con la segunda, pues pertenece á un órden enteramente distinto; antes bien, suele ser tanto mas impaciente en sujetar su entendimiento á sistema ó autoridad humana el que es mas dócil á la divina, y el ojo acostumbrado á la luz vivisima de las verdades eternas, no encuentra á menudo sino oscuridad en las inciertas é incompletas que se venden por tales en la tierra. De ahí se ve cuán perjudicial y erróneo sea asociar institucion alguna humana, por mas respetable que por su naturaleza y por la tradicion se nos presente, á las cosas de órden sobrenatural ó invariable, ó que se apoyen una en otra las dos clases de fe que hemos distinguido: sucede á menudo que flaquea y cae la humana y arrastra en su caída á su divina hermana, que sin ella se hubien sostenido eternamente. Creía Lamenais en Dios y en la *monarquía*, con una fe demasiado indivisible; vió desde el 1820 que *los reyes se iban*, y temió que con ellos se fuera Dios; ha visto luego la revolucion trinitaria, y ha quedado sacrificada profanando á Dios é invocándole como Dios de las revoluciones. Creíamos en cualquier órden onhorabena, pero sepamos grabar nuestras creencias, y distinguir lo que podemos sacrificar, de lo que es, por decirlo así, inalienable; y en el calor de la lucha abandonemos, si preciso fuere, á nuestros enemigos lo menos importante, para salvar lo mas precioso, como aquel discípulo de Cristo que en Gethsemani dejó en manos de sus perseguidores la sábana en que se envolvía.

Y en efecto, no son las cuestiones de formas políticas tan trascendentales que nos sea indispensable tomar acerca de ellas nuestro partido, pues en este

caso resultaria una especie de acusacion contra Dios, que las ha abandonado á nuestras teorías y disputas. Para resolverlas nos dió mas datos de los que se cree ó de los que se quiere creer, en la moral y en la revelacion; y la luz con que alumbran sería bastante para llevarnos á un mismo término feliz, cualquiera que fuese el camino que tomáramos. El grande error del día consiste en dar liarto valor á las instituciones y liarto poco á las costumbres, liarto á las leyes y liarto poco á las voluntades, y el resultado infalible de esta situacion es la anarquía si triunfan estas, el despotismo si aquellas. Dádnos moralidad y habrá buena fe; dádnos buena fe, y ayudada alguna tanto con la experiencia de lo pasado y con el conocimiento de lo presente, habrá concordia y unanimidad las mas veces en estas cuestiones de palabras, ó por mejor decir, de intereses, que ensangrientan á las naciones.

Hay empero una fe política que podemos llamar práctica, necesaria indispensablemente para la conservacion de las sociedades. Existe en todas ellas un poder supremo, ora resida en un hombre, ora en un consejo, ora en una asamblea, último juez de toda disension é identificado con el principio de verdad y justicia, alma, por decirlo así, de aquel cuerpo, Dios político de aquella limitada esfera. Trévénanse las formas que se quieran, siempre encontraremos en un Estado el centro de unidad, el límite mas allá del cual no se concede apelacion, la autoridad que prácticamente hemos de juzgar por tanto infalible é impecable, y á quien hemos de prestar nuestra fe política práctica; es decir, obediencia, mientras no contrarie sus preceptos otra fe mas elevada. Espicado en este sentido el *derecho divino*, no vemos lo que haya de absurdo ni de opresor en dicho sistema, ni lo que pueda echarle en cara la *inviolabilidad constitucional*, fundada prácticamente en el mismo principio de la impecabilidad del soberano.

Cuanto mas se acerque, pues, á la realidad, ora en sí, ora en el concepto de los pueblos, esta ficcion legal á la cual, si ha de existir órden, deben forzosamente prestarse; es decir, cuanto mas acompañada vaya la obediencia con la voluntad de fe política en el entendimiento, tanto mejor será la condicion, así de los gobernantes como de los gobernados. No nos entremetremos en pesar la suma de males y bienes que reunian en su tiempo nuestros antepasados, comparada con la nuestra; pero cuando otra ventaja no turvieran que la fe política, en cuyos brazos descansaban, bastaría para inclinar la balanza en favor suyo. Serian tan desgraciados como querubis, pero no lo sentian; y un mal no sentido vale tanto como un mal no existente. Y á los males que sentian resignábanse como á cosa irremediable, ó esperaban su remedio del tiempo ó de sus instancias, y rara vez era engañada su esperanza. Hasta en los siglos feudales, en la infancia de la civilization, los pueblos bárbaros, como se les llama, de humor áspero y violento, de hábitos guerreros y de fogosas pasiones, avzados á decidir por la fuerza sus querrelas particulares, rara vez intervenían en las políticas; y si alzaban alguna vez bandera de insurreccion, victoreaban con ella misma á su soberano con alguna mas sinceridad que ahora, ó á lo menos cambiaban de dueño. No tenían *vida política*, pero tenían *fe*, como llamaban con admirable instinto á la obediencia que prometian, y creían lo mejor sujetar sus entendimientos al mismo que que rara vez obedece la voluntad lo que el entendimiento no cree. Solo preguntáramos á los que juzgan saludable y necesario exponer el gobierno á la fiscalizacion de los gobernados, y erigir en juez moral al que ha de ser juzgado prácticamente, si creen ó no en la necesidad de una autoridad definitiva, de un poder supremo, que sea irresponsable, y de una obediencia que no penda del capricho de la voluntad de cada cual. En este caso ó el poder desaparecerá, ó pesará sobre la voluntad un yugo que

rechaza el entendimiento, situación tan poco duradera, como de un malestar inconcebible. Se dirá que en el sistema representativo queda el poder supremo irresponsable, y solo recae la censura en los consejeros: á lo cual responderemos simplemente, que en los años que lleva aquel sistema desde su aparición, no hemos visto ni el uno ni el otro abarcado, y sí destronados muchos reyes, y muchas sociedades desquiciadas. Cuenta que aquí no hacemos sino lamentar el mal que está á la vista, pero no indicamos su remedio; cuanto más que lo creemos duradero como encarnado en los ánimos, y que lejos de ser efecto de las instituciones, es su causa, y sobrevivirá á ellas mismas, porque la fe no se manda como una ley, ni se establece en un día.

En un siglo razonador por excelencia, que suaviza las costumbres hasta enervarlas, evita las batallas hasta envilecerse y condena la fuerza material bajo todos aspectos, extraño parecerá que se haya proclamado esta como razón suprema. ¿Qué es lo que colocas en efecto sobre el jefe del Estado? La revolución: ¿cómo eximirle la responsabilidad? Por la revolución, es decir, por la violencia. La violencia es una arma tan terrible en los gobiernos cual medio de represión, como en los gobernados cual medio de ataque. Cuando los pueblos no ven un padre, sino un dueño en su soberano, no está muy distante esto de no ver en ellos hijos, sino esclavos. Pero la violencia no es un estado durable, y si de las entrañas de la revolución ha de nacer un gobierno, cualquiera que sea su forma, debe correr por el mismo círculo: así que la fe política es tan indispensablemente vida de las sociedades, como la fe metafísica vida del entendimiento.

Las mismas revoluciones cuando, digámoslo así, se estremen, se obran con cierta fe terrible de mejora, fe que si ha de medirse por las víctimas que ha hecho inmolarse, reconoce muy pocos rasgos intencionales en el orden humano. Engañárase el que en las revoluciones verdaderas quisiera aplicarlo todo por motivos de corrupción, de egoísmo ó de venganza; mucho habrá de ello, en los gefes especialmente; pero la corrupción enerva, el egoísmo acobarda ó trata de conservar lo conquistado, la venganza no se ensaña sino contra personas ó clases determinadas; mas ¿cómo explicar el vigor salvaje, el desprendimiento, abnegación y hasta heroísmo, el espíritu de ferocidad y de destrucción ilimitada que caracteriza á las masas revolucionarias, y que presta á la revolución francesa del siglo pasado esa grandiosidad que, aun abominándola, admiramos? Y es que cuanto se hace con fe, aunque estraviada, tiene algo de grande y sobrehumano, aunque sea la destrucción; por esto son tan terribles las escenas que ofrece el fanatismo, y las del egoísmo son miserables. El fanatismo revolucionario, al par que el incrédulo, tranquilaba entonces los entendimientos y ahogaba los corazones con nubesa vista tiranía, y los arrastraba contentos al suplicio en nombre del mismo título que se habían forjado. De la misma suerte que los pueblos que no creen en los sacerdotes consultan á los hechiceros, siguen á sus tribunos cuando desconfían de sus monarcas.

Pero la fe en las revoluciones pasa muy pronto; los seducidos se espantan de su propia obra, los gananciosos intentan alargarlas para salvar lo adquirido, los descontentos sienten mas su malestar y se despierta su codicia: á la vista del botín de los otros. Así como la incredulidad degenera en escepticismo, así el egoísmo reemplaza muy pronto á las pasiones revolucionarias. Entonces continúa la revolución, pero ya no con prestigio del bien común, sino en pro de ambiciones particulares; lucha que no por mas mezquina es menos desastrosa.

EL BARDO IRLANDES.

LITERATURA.

I.

Cuando la oscura noche desciende sobre las márgenes de Antrim y las grandes columnas basálticas de la Calzada de los Gigantes, parecen de lejos los rayos de la luna que se proyectan en las espumosas aguas del mar del Norte, una voz triste y melancólica suspira en los ecos de aquellas solitarias playas. ¿Es por ventura el lastimero canto de un ave extranjera estraviada en aquellas riberas, y que lamenta los árboles y las fecundas semillas de la patria? Esa tréncula y blanda armonía que se mezcla á las frescas brisas de la tarde y se pierde en los lejanos valles, ¿es la voz de un espíritu, ó el rumor del viento que suspira deslizándose en los intervalos de la gigantesca columna de lava?

II.

Es la voz de un hijo de la verde Erin, la voz santa del poeta que gime en el silencio de la noche. Como el Bardo antiguo sentado en los peñascos que vienen á cubrir de cuando en cuando las espumosas olas del mar, y estrechando á su pecho el harpa gálica que recogió antiguamente los ecos de la Irlanda, cuenta en melodiosas palabras las cosas pasadas y las miserias presentes de la noble tierra donde la sombra y fantasma Albion ha hecho germinar la miseria y la esclavitud. ¡Oh! ¡la miseria en tus fértiles entrañas, noble madre de tantos valientes! ¡la esclavitud para tí, hermosa y noble Erin! ¡para tí, cuya libre frente se alzaba entre las naciones radiante con el signo sagrado de la Redención, y cargada de los laureles de cien batallas!

III.

¡Ah! así lo quiso el Señor en aquellos tiempos ya lejanos, en que el rey anjovino, acompañado de sus barones normandos, de férreo codoete y poderosa espada, fué á reclamar como suyo todo el territorio que se extendía desde el cabo Malin hasta el cabo Clear, desde las fértiles orillas del Shannon hasta las agrestes costas de Antrim. ¡Desolacion! ¡desolacion! ¡Y un pontífice romano, un sajón, á cuyos padres habian oprimido los normandos, fué el que te entregó al furor de los normandos, á tí, mi querida Irlanda! ¡Oh Adriano, siervo de los siervos de Dios, perdónete el Señor aquel sangriento breve que, en un momento de error, dirigiste á Enrique de Anjú, diciéndole: "Toma la Hibernia con sus pueblos: te lo doy por el tributo de San Pedro!..."

IV.

¡Como el Hijo del Hombre fué vendido por el apóstol infiel, así, noble Erin, fuiste entregada por el padre común de los fieles, á un religioso y tan tierno! Y tú tambien debías llevar tu cruz en este mundo; debías ser hollada por groseros soldados, espuesta á las injurias del populacho, y debías empapar muchas veces tus labios pálidos y moribundos en el cáliz de amargura. Así fuiste elegida para una segunda expiación, y en medio de

tus padecimientos alzaste al cielo tus ojos húmedos, buscando en él valor y esperanza.

V.

¡Ah! ¡cuántas veces, desde aquellos días de luto, ha llorado la Iglesia por tí, cuya voz suplicante, desgraciada Irlanda, se alzaba hácia ella desde el fondo del abismo de males en que fuisteis sumergida! Sus lágrimas se han mezclado á tu llanto; sus oraciones han subido con las tuyas hasta el trono del Eterno, y un pensamiento de porvenir ha caído sobre tu frente pálida, como un templado rayo del sol de primavera hace germinar la aromática flor en la cima de tus nevados montes.

VI.

Y sin embargo, la Irlanda no cayó, como el verde pino bajo el hacha del leñador; antes bien se levantó palpitando de ira cuando los caballos de los normandos relincharon en sus valles, cuando las banderas enemigas se desplegaron sobre sus colinas. Fue preciso que uno de tus hijos, de fuerte y nervudo brazo, se rebelase contra su madre, para que doblases la rodilla ante un soberano. ¡Oh mi Irlanda querida! ¡Eterno reprobo sobre tu nombre, rey de Leghonigh, Dermot, hijo de Morrogh! tú cuya voz sacrilega llamó al extranjero en tu ayuda, porque demasiado débil contra un valeroso rival, no habías en tu clan bastantes espadas que se desembainasen por tí. ¡Oh cobarde! . . .

VII.

No, la Irlanda no bajó sin gloria al profundo abismo de la desgracia: muchos de sus bizarros hijos murieron por ella, y muchas veces también, ante su espada victoriosa, vió huir al inglés despavorido; muchas veces un grito de cólera y de libertad resonó en los ecos de sus montañas; muchas veces la voz de su pueblo rugió como el Océano al acercarse la tempestad, y entonces, Albion, tus orgullosos lores, los infelices y corrompidos ministros de tu fe muerta, tus colicosos mercaderes, tus soldados mercenarios, temblaron. . . . Y creían ver el arpa irlandesa sobre las antiguas almenas de la torre de Lóndres acompañando un canto de muerte!

VIII.

Albion, ¡qué has hecho de tu hermana, la hermosa y noble Erin! La has cojido por su larga cabellera; la has herido en el rostro ó en el corazón; has bebido su sangre; has saboreado sus lágrimas; te has reído de sus gritos de desesperación; has contemplado con ojos secos y fríos la lepra de su miseria. Y cuando, olvidando tus crímenes y tus crueldades, la pobre Erin te pedía merced, y procuraba darte un nombre de amor, tú le respondiste con palabras de odio; añadiste largos y pesados eslabones á la cadena de hierro con que abrumaste sus miembros quebrantados por el tormento; fuiste insensible á infortunios, cuya relación hace llorar á las naciones más lejanas, y riéndote como Satanás en medio del Jujo falaz que te rodea, pediste oro! ¡Oro para tus nobles señores, para sus altaneros representantes, cuya conciencia tiene un precio como las especias de la India! ¡Oro para tí que envejeces y tiembles sobre un montón de oro! . . .

IX.

¡Oh Albion! tú serás derribada de tu carro como el impío Antioque; serás azotada como Heliodoro, llorarás solitaria en el seno de los mares, como Venecia, que fué grande y cruel cual tú. El Señor tomará en compasión á los que has hecho tan desgraciados; el viento de su cólera soplará sobre tí, dispersará tus escuadras, llenará tu seno de un misterioso terror; tu imperiosa voz llagará á ser mas impotente que el leve soplo del viento que agita apenas los marchitos pétalos de las flores. . . . Y nadie te compadecerá; ninguna plegaria se alzará por tí al cielo irritado. No habrá eco para tus lamentos, y una voz injuriosa te perseguirá por do quiera en tus días sin sol, en tus noches brumosas, gritando por todo el mundo:—Albion, Albion, ¡qué has hecho de tu hermana, la hermosa y noble Erin!

X.

¡Perdon, perdon, Señor! Si estas amargas palabras salen de la boca del poeta, como las irritadas olas de los torrentes que van á hincar las agnas del Shannon, es porque ama tiernamente á su madre, y porque su madre ha llorado tanto. . . . es porque la queja no consuela, es porque la paciencia no sana al corazón que sufre, . . . es porque hay miserias demasiado grandes para tus criaturas. . . . Pero ¡por qué dudar, oh Dios mío, de tu justicia y de tu bondad! tú no perdonarás sino á los que perdonan. . . . ¡Pues bien! ¡Prosperé Albion, pero sea libre Erin! ¡Oh! tu perdonarás, Señor, si una voz irlandesa clama hácia tí: ¡Dios guarde á la Inglaterra! Padre nuestro que estás en los cielos, ten compasión de la Irlanda católica y resignada; pon en la balanza de tu justicia sus lágrimas y sus miserias, y haz que descendan sobre sus colinas serenos días. . . . ¡Amen! ¡Amen!

XI.

Y ahora, oh madre de los santos y de los héroes, mi querida Irlanda, tu poeta que canta en la sombra de las noches tu cólera y tus esperanzas, te pide á los ecos de las playas de Astring: ven á visitarle en sus sueños de porvenir; ven como una benéfica aparición á realizar su pensamiento de amor y de sacrificio. . . . ¡Oh! ¿no eres tú, madre mía, no eres tú la que arrodillada en la ribera, imploras al Señor tu Dios por tus tristes hijos? ¡No eres tú aquella, cuyas manos cargadas de cadenas estrechan todavía sobre tu corazón la cruz del Salvador! ¡Salve, noble madre mía!

XII.

¡Oh! ¡Cuán hermosa eres todavía, amor mío, en tu sublime valor! ¡qué viva y santa esperanza brilla en tus ojos azules que buscan en el cielo un refugio para tu miseria! La brisa agita tu larga cabellera, y las olas capritantes del Océano vienen á mojar los pliegues de tu blanca falda. Una santa y arrebatadora armonía te rodea, porque el infortunio es sagrado. . . . La palidez de tu frente atestigua tus largos padecimientos, pero ¡qué deliciosa sonrisa viene á entreabrir tus labios! . . . ¿No son las melodiosas palabras de un himno de esperanza las que mezelas, con voz entrecuchada á los acordes de mi arpa, hasta el momento en que el sol, descendiendo sobre estas playas, acaba el sueño del poeta? Entonces todo desaparece ¡ay! excepto tu dolor, y las últimas vibraciones de su voz van á llevar á los mas lejanos ocos estas palabras que oirá el Señor. . . . ¡Irlanda! ¡Irlanda! . . . ¡Dios te proteja!